

CAPITULO IV

NERÓN

Agripina tuvo oculta la muerte de Claudio hasta el instante designado como propicio por los astrólogos y caldeos. Entonces Nerón salió de palacio y se presentó a las cohortes. Algunos solicitaron informes de Británico; pero hallándose detenido este joven príncipe por su madastra en las habitaciones de su padre, saludaron a Nerón por emperador los pretorianos, le confirmó el Senado este título, y se sometieron a esta decisión las provincias. Su madre se había lisonjeado de reinar despóticamente bajo el nombre de un mozo de diecisiete años: ella respondía a los embajadores, escribía a los reyes y a las provincias. Detrás de una cortina asistía a las deliberaciones del Senado. Narciso, que había permanecido fiel a Claudio y a Británico, fué muerto por orden suya, como también Junio Silano, procónsul de Asia, de quien había dicho alguno que era más digno que Nerón del reinado. Hiciera que fuesen derribadas muchas cabezas, si no la hubieran contenido Afranio Burro, jefe del pretorio, y Lucio Anneo Séneca, maestros de Nerón, el primero en lo relativo al arte militar y el segundo de moral y elocuencia. Nadie salió menos airoso que Séneca en la educación de tal príncipe, puesto que su alumno solo aprendió algunas frases y el arte de disimular sus vicios. Fué el primer emperador que empleó para sus discursos ajena pluma, y con el que Séneca compuso en alabanza de Claudio provocó a risa, cuando encomió la habilidad y la previsión del César difunto.

A cada advenimiento al trono el aparato de legalidad que se había conservado infundía al príncipe miedo de que tentase al pueblo, al Senado y a los tribunos el capricho de ejercer sus derechos, y de arrebatárle un poder siempre nuevo, porque no era hereditario. De consiguiente disimulaban los emperadores hasta que se convencían de que todo se reducía a una vana apariencia, ó se asegu-

raban de cierto número de parciales, ó se aperciaban de que podían atreverse a todo en medio de tanto egoísmo. También Nerón empezó suavemente su reinado, declarando que quería seguir las huellas del divino Augusto. Hizo liberalidades al pueblo y a los senadores de escasa fortuna. Abolió ó aminoró diferentes impuestos: dejó su antigua jurisdicción al Senado, a quien ordenó que patrocinara las causas gratuitamente, y dispuso a los cuestores designados de ofrecer luchas de gladiadores. Conmovido por los incesantes clamores contra los arrendatarios de las aduanas, se propuso suprimirlas, y aunque se le detuvo en la ejecución de aquel pensamiento generoso, introdujo en esta parte de la administración pública útiles reformas: además respondía a todas las demandas con suma presteza. En la abogacía substituyó el interrogatorio a los discursos continuos, fijó el salario de los abogados, impidió la falsificación de los autos y de los testamentos. Cuando el Senado le decretó estatuas de plata y oro, dijo: *Aguardad a las que haya merecido*. En el momento de firmar una sentencia de muerte exclamó de este modo: *Quisiera no saber escribir*; y los discursos que Séneca le redactaba respiraban clemencia.

Pero éste y Burro, deseosos de conservar el poder y de sacar partido de las liberalidades de su alumno, soltaban la rienda a sus pasiones, contentos de que dejara al Senado en libertad de discutir las cuestiones importantes y de enfrenar los excesos de los soldados. Empezó, pues, a rondar de noche, disfrazado de esclavo, por tabernas y lupanares, hurtando en las tiendas y acometiendo a los transeuntes. Su ejemplo no tardó en hallar imitadores, de tal manera que cerrada la noche parecía Roma una ciudad tomada por asalto. Provocaba con palabras a los histriones y a los que lidiaban en los juegos: luego en el momento en que se que-

rellaban ó formaba el pueblo corro entorno de ellos, les tiraba piedras desde arriba. Sus banquetes presentaban una prodigalidad inaudita. Uno de sus huéspedes gastó 4.000.000 de sextercios nada más que en las coronas; y otro todavía mayor cantidad en perfumes. Le salían al encuentro las matronas, y se disputaban la honra de prostituirse al joven César, dentro de las tiendas que levantaba en Bahía, en Ostia y en el puente Milvio.

Agripina y Británico.—Tan intensamente quería a Nerón Agripina, que habiéndole vaticinado los astrólogos que él reinaría, si bien costaría caro a su madre, dió por respuesta: *Que me mate con tal que reine*. En efecto, tardó muy poco en perder el ascendiente sobre su hijo, merced a Séneca especialmente, a quien había disgustado con decir que la filosofía no era para reyes. Viéndose privada de su influjo aquella mujer ambiciosa, é irritada de que su hijo había despedido a Palas, dueño de Claudio y amante suyo, deja estallar su cólera y amenaza con favorecer los derechos de Británico. Entonces Nerón manda envenenar a aquel mancebo, su rival declarado. Pide a la hechicera Locusta, no un veneno lento y secreto como el que empleó para Claudio, sino pronto, fulminante. «¿Pues qué, exclama, he de tener miedo a la ley Julia contra los envenenadores?» (1) y Británico cae muerto al pie de la mesa imperial (55). Mientras se le lleva a enterrar a toda prisa y un pequeño chubasco que destruye el barniz dado a su rostro descubre al pueblo las lívidas huellas del veneno, los dos sabios de palacio, consternados y llorosos, se enriquecen con las quintas de Británico. En breve se ve también Agripina espulsada de palacio y abrumada de acusaciones, que nunca faltan cuando se cae en desgracia del príncipe. Cierta de haber perdido ya, no sólo su poderío, sino su seguridad propia, recurre al espediente más infame para recuperarlo todo. Se presenta a su hijo en una orgia bajo el más seductor aspecto y con los modales más lascivos: ya iba a consumarse el incesto, cuando Séneca introdujo a Actea, liberta de Nerón, oponiendo una mujer impúdica a la impudicidad más monstruosa.

Esta tentativa abortada descargó sobre ella el último golpe. Rechazada por su hijo se retiró devorada de rabia, mientras Nerón meditaba el modo de deshacerse de ella. Después de haber intentado en vano envenenarla tres veces, la convidó a los juegos de Bahía y la hizo entrar a bordo de una nave, cuyo casco estaba dispuesto para abrirse en un instante fijo: pero pudo salvarse a nado. Al fin la acusó de traición, y para acabar de una vez envióle para darle muerte sicarios a quienes ella dijo: *Herid aquí en el vientre que hallado a Nerón* (59). Quiso el parricida ver desnudo el cadáver de su madre alabando sus encantos y censurando sus imperfecciones, después mandó que le sirvieran

de beber diciendo que ya se sentía realmente señor del imperio. A tal delito, que inspira desprecio y horror, aplaude el servilismo romano; y cuanto de glorioso encierra Roma y cuanto de virtuoso tiene el Senado se prostra a los pies de Nerón. Burro manda a cumplimentar consigo al emperador los oficiales del pretorio; las ciudades de la Campania encienden el fuego sacro en los altares y dan gracias a los dioses. No obstante, sobrevino el remordimiento; pero Burro y Séneca se dedicaron a amortiguarlo. Este escribió al Senado una epistola justificatoria: aquél envió tribunos y centuriones a estrechar la mano parricida, y a dar al emperador parabienes por haberle libertado la bondad de los dioses de tan grave peligro. Decretó el Senado acciones de gracias públicas y conmemoraciones anuales y maldijo a Agripina en el solo momento en que merecía compasión. Cuando posteriormente retornó Nerón a Roma, de que se había alejado por miedo a la indignación pública, salieron a su encuentro en tropel caballeros, tribunos y senadores, recibéndole como si hubiera alcanzado un triunfo, y a través de palcos alzados en la carrera, fué a dar gracias en el Capitolio. Únicamente Traseas Peto protestó alzándose de su asiento en el Senado y marchando de allí. De seguro tenía Nerón derecho para despreciar aquella muchedumbre, y para tratarla sin miramiento alguno.

Educado desde su infancia en tocar instrumentos, en cantar, en dibujar y en hacer versos, no se mostraba menos celoso de la gloria de sobresalir en las artes que en la de mandar al mundo. Jovenes ejercitados en la versificación daban la última mano a sus versos y a sus improvisaciones: luego cantores ambulantes iban entonándolas por las calles; y el transeunte que negaba su atención ó su propina a aquellos saltimbanquis, se hacía sospechoso de alta traición. Vespasiano, que se entregó durante una lectura de esos versos al sueño, se libertó con sumo trabajo de la muerte. Proponíase Nerón escribir una historia de Roma en verso, y sus aduladores le aconsejaban que la hiciera en cuatrocientos libros. Como Anneo Cornuto, estóico, objetara que no la leería nadie, repuso un cortesano: *Pues tu Crisipo ha escrito al doble*.—Si, replicó Cornuto, *pero su obra es útil a la humanidad*. Semejante franqueza le valió el destierro.

Séneca y Burro mandaron cercar un recinto en el valle del Vaticano, y allí guió Nerón un carro en medio de los aplausos de la muchedumbre: luego las liberalidades y los honores que derramó su mano, le sirvieron para decidir a los caballeros de familia ilustre y a la primera nobleza de Roma a rivalizar en destreza en aquel género de ejercicio. También salió a las tablas a recitar versos suyos, y a fin de ser aplaudido decorosamente cuando debía cantar ante el pueblo, creó un cuerpo de cinco mil caballeros, flor y nata de la juventud de Roma (*Augustani*): se les proporcionaron maestros para moderar el batir de palmas y el estallar de voces, para producir un ruido semejante, unas

(1) Suetonio, en Nerón.

hacia el mar de Irlanda fundó una colonia en Camaloduno. No pudiéndose doblegar al yugo Caracaco, jefe de los ciluros, nación de las más belicosas entre los bretones del golfo del Saverna, llamó entorno suyo á todos los amigos de la independencia; pero, víctima de traiciones fué vencido, y se le condujo á Roma con su familia, donde Claudio le restituyó la libertad, otorgándole una existencia honrosa. Como se le preguntase que pensaba de Roma, respondió que le sorprendía verla posesora de tan suntuosos palacios y envidiar las pobres chozas de Bretaña.

Castimandua, reina de los britanos, que había vendido á Caracaco, se enagenó la voluntad de los pueblos con su indolencia: armáronse para vengarse de ella y de los romanos; á este levantamiento siguieron diez años de combates (51-61); y hubo necesidad de aplicar á la Bretaña como á la Galia, la ley que aboía los druidas. Sus sectarios tenían por su principal establecimiento la isla de Mona (*Anglesey*), que encerraba el gran colegio sacerdotal. Pero Suetonio Paulino llegó á atacarles en aquel punto, los aniquiló, y construyó fuertes dejando en ellos guarniciones. Entretanto había anulado un intendente los dones otorgados por Claudio á la provincia, y como le reclamara Séneca de improviso la restitución de 40.000.000 de sextercios que le había prestado con un interés enorme, se manifestaron disturbios en la Bretaña. Posteriormente el mal tratamiento odioso de que fué blanco la viuda de Prasutago, rey de los icenios, hizo que estallara abiertamente la rebeldía. Con la esperanza de que Nerón fuera propicio á sus dos hijas, había repartido su herencia el rey breton entre él y ellas, pero el emperador envió á que recogieran su parte centuriones y esclavos, que no solo saquearon el palacio, sino que dieron de golpes á Baodicea, viuda del príncipe difunto, violaron á sus hijas, desposaron á los principales moradores y pretendieron que debía abandonarse á Nerón todo el reino. Indignado el pueblo, y obediente por otra parte á las instigaciones de los druidas y de las sacerdotisas, taló la colonia de Camaloduno, destruyó el templo de Claudio, quitó la vida á cuantos le opusieron resistencia y á todos los que pudo alcanzar su acero. Viéndose Suetonio Paulino en la imposibilidad de defender á Londinio (*Londres*), ciudad de activo comercio, reunió á sus tropas todos los hombres útiles que contenía, y abandonó mujeres, ancianos y niños. Todos fueron pasados á cuchillo en medio de la ciudad arruinada por los furiosos bretones, con todos los ultrajes que puede sugerir una venganza que se ceba en la sangre de setenta mil víctimas.

Si los bretones hubieran proseguido aniquilando de este modo y reduciendo al hambre á los romanos, infaliblemente los hubieran expulsado de la isla: pero fiados en su triunfo aceptaron una batalla. Baodicea, reina sacerdotisa y caudillo, recorrió las filas montada en su carro: tenía elevada estatura, ademan tremendo, torva mirada; la cubría medio

su espesa cabellera; sostenía su brazo una pica y un ancho escudo, y por todas partes escitaba el entusiasmo. Mas no había suficiente con mujer semejante: tuvo lo mejor de la pelea la disciplina, y los romanos, cuya pérdida apenas ascendió á cuatrocientos hombres, dieron muerte á ochenta mil bretones. Envenenóse la reina para no sobrevivir á su derrota.

Entonces los vencedores persiguen á sangre y fuego á las rebeldes tribus, que reducidas al último apuro, lidian aun por la independencia hasta que caen en un total abatimiento. A esto daban el nombre de paz los romanos; y para acostumbrar á la sumisión á los indígenas, se erigieron en su país, por consejo de Agrícola, plazas públicas y palacios, se instruyó á los niños «y se dió el nombre de civilización á lo que constituye la servidumbre.»

Germania.—Fieles los romanos á su política, en Germania habían continuado atizando la discordia en los países circunvecinos. Los queruscos, en otro tiempo prepotentes, y debilitados por las disensiones civiles en la época del grande Herminio, se vieron reducidos á pedir un rey al emperador Claudio (47). Lo fué Italo, nieto de Herminio, que había recibido educación romana. Así, no lo pudieron tolerar largo tiempo, y le costó mucho trabajo someterlos con auxilio de los romanos, fermentando sus rivalidades fratricidas. Había sido refrenada una sublevación de los cáucios por Domicio Corbulón, quien detenido por Claudio en medio de sus triunfos, dijo: *¡ Dichosos los antiguos generales de Roma! Lucio Pomponio repelió una incursión de los catos (50): después los diferentes jefes romanos se dedicaron á restablecer la calma y á reforzar los puestos militares. Paulino Pompeyo terminó el dique empezado para contener el Rhin, por Druso, sesenta y tres años antes: Lucio Veter concibió el proyecto de reunir el Mosela y el Saona, á fin de poner el Mediterráneo en comunicación con el Océano, pero por no escitar los celos de Nerón, renunció á su designio. Allende el Rhin los frisones, que se habían sublevado en tiempo de Tiberio por consecuencia de la avaricia de sus agentes, y habían derrotado á los romanos, osaron acercarse á este río, si bien fueron repelidos. Aconteció lo mismo con los asabarianos, aun apoyándolos los brúcteros, los teucteros y otros pueblos (55-58).*

Galia.—Para anudar los sucesos de Galia en el punto en que los hemos dejado, hay necesidad de remontarse al reinado de Augusto, que la había encontrado resignada, aunque no tranquila. Después de haber apaciguado las revueltas, amoldó aquel país á la romana, mandó que se hiciera el encabezamiento del pueblo, al que arrancó las armas, y el de las propiedades. Por orden suya se abrieron escuelas en Augustoduno (*Autun*) para enseñar la lengua, las leyes y las ciencias de los romanos. Marsella se hizo un centro de luces, como también Tolosa, Arlés, Vienne, donde las letras griegas y latinas habían hecho que penetrara la civilización romana.

Oponíanse los druidas á la fusión de vencedores y vencidos, pues aun cuando hubieran perdido la autoridad política, conservaban mucho ascendiente sobre las costumbres y sobre las doctrinas. No atreviéndose Augusto á atacarlos de frente, se contentó con prohibir su culto á los galos ciudadanos romanos como contrario á las creencias latinas. Quiso que en vez de consumir sacrificios humanos se limitaran á hacer heridas á los sectarios fanáticos de aquellos sacerdotes. Enseguida presentó como rival de su culto al politeísmo gala, amalgamado con el de Roma, dedicó un templo á Kirk, personificación del viento, que sopla á ráfagas en la Narbonense, y reguló el ceremonial de aquel culto: posteriormente permitió que le eligieran altares como á genio y luego como á dios. Admitida fué la religión oficial por la alta clase, porque grangeaba el favor del soberano sin violentar las conciencias: alzaronse, pues, templos mistos á Marte-Camulo, á Diana-Arduna, á Bellen-Apolo, á Mercurio-Teutates, á Belisana-Minerva, y los simulacros de aquellos dioses mismos ofrecieron un aspecto monstruoso. Mas por otra parte, el vulgo se adhería más íntimamente al druidismo, que sustentaba el espíritu de nacionalidad y el odio al extranjero; y vigorizó el fanatismo una religión espirante.

Mucho tuvo que padecer la Galia bajo Tiberio. Indujéronla á que se sublevaran el eduo Julio Sacrovir y Julio Floro, del país de los treviros; pero habiendo zozobrado éste hacia el Norte (21), se dió muerte. En el centro Sacrovir (6) distribuyó armas á los jóvenes, á quienes alistó como soldados y como rehenes, y sostuvo con éxito la lucha; pero habiendo concluido por ser deshechas sus indisciplinadas tropas, se arrojó á las llamas con el resto de sus compañeros.

Creyéndose bastante fuerte Claudio para dar el último golpe al druidismo, proscribió á los sacerdotes de éste que se refugiaron á Bretaña, y pronunció pena de muerte contra todo el que llevara sus símbolos ó sus amuletos. En cambio hizo aquellas provincias iguales á Italia, permitiendo á los galos ingresar en el Senado y llegar á los empleos, con grande escándalo de la antigua aristocracia.

Galia dió hombres ilustres á Italia, como Terencio Varron Atacino de Narbona, que en tiempo de César compuso un poema épico sobre la lucha de los secuanos con los eduos, y sobre la guerra de Ariovisto, Cornelio Galo, Trogo Pompeyo y Petronio. Dirigíanse los galos á Roma para gastar allí su dinero, y se entregaban á manejos por ascender en el ejército ó en los demás cargos. Entre su número Vosieno de Narbona y Domicio Afer de Nemausis (*Nimes*), merecen por diversos conceptos ser mencionados en la historia. Juntando el primero el valor civil á un vasto talento, osó desaprobando la conducta de Tiberio, y murió confinado en las

(6) Opinamos que *Sacrovir* no es más que la traducción de su título de druida.

islas Baleares: distinguióse el otro al frente de aquellos oradores vendidos que relevaban de la ignominia á los tiranos escusando sus delitos: delator en tiempo de Tiberio, Calígula y Nerón, acabó sosegadamente sus días.

Partos.—Nacido de la sublevación el imperio de los partos conservó el sello de su origen en todos tiempos: Artaban III su rey, libre ya del miedo que Germánico le infundía, oprimió á sus súbditos, é insultando la vejez de Tiberio invadió la Armenia, á la cual y en calidad de sucesor de Ciro y de Alejandro pretendía tener derechos que sostuvo con victorias (36). Enviaron los partos á solicitar de Tiberio un Arsácidas que oponer al tirano. En su consecuencia Tiberio apoya á Fraates, y después de su muerte á Tirídates, que pudo recibir en Ctesifonte la diadema real de manos del sureño: pero en vez de recorrer las provincias y de hacerse en ellas parciales, perdió un tiempo precioso, y algunos de los magnates, cuyo afecto quiso enagenarse, rehabilitaron la causa del monarca fugitivo. Habiendo, pues, recuperado Artaban nuevamente el trono, tornó á desafiar á Tiberio: después el feliz comienzo del reinado de Calígula le indujo á entrar en acomodos: otra vez pasó el Eufrates, y dió su propio hijo en rehenes.

A su muerte (44) hubiera debido tener por sucesor á otro Artaban; pero Gotarses, su hermano, le degolló como á su mujer y á sus hijos. Odioso el asesino á los ojos de sus súbditos fué destronado por Vardanes, que, dilatando sus conquistas, ocupó á Seleucia, amenazó la Armenia y se adelantó victorioso hasta el Sindo, que separaba á dayos y arios. Pero envanecido con sus triunfos oprimió á sus súbditos y fué muerto en una cacería. Siguiéronse á esto graves desórdenes, fomentados probablemente por los romanos, y en su consecuencia recuperó Gotarses la corona; pero su libertinaje y su crueldad obligaron á los partos á enviar diputados á Claudio (47), para que les diera un príncipe de la estirpe de Fraates, que á la sazón se hallaba en calidad de rehenes en Roma.

Como fácilmente se puede presumir, tuvo Claudio á orgullo estar en aptitud de dar un rey á un pueblo que no había podido domeñar Augusto. Entregó á los partos la persona de Meherdates, á quien facilitó tropas; y éste apoyado por Abgar, rey de los edesos, penetró por caminos difíciles hasta lo sumo, en Armenia, apoderándose á su tránsito de muchas ciudades, y de Ninive y Arbelas entre otras. Pero al llegar delante del enemigo abandonó Abgar á Meherdates, quien, al empeñarse la batalla, fué vencido y prisionero: se le cortaron las orejas, y para hacer bafa del imperio romano se le dejó la vida. Habiendo muerto Gotarses al poco tiempo (50), ascendió al trono Vonon, gobernador de la Media, quien lo transfirió después de un corto reinado sin gloria á su hijo Vologeso.

Estas rápidas mudanzas alentaron al ibero Mitridates á recuperar la Armenia, que le había arrebatado Calígula; lo cual ejecutó con algunas tropas que

le dió Claudio y con ayuda de los iberos. El rey Cotis, a cuyo lado se habían reunido muchos desterrados ilustres, hubiera podido resistirse en la pequeña Armenia; pero cediendo á una carta de Claudio, se arrojó á las plantas de Mitridates, quien le trató con un rigor intempestivo.

Pocos años después Farasmanes, rey de Iberia y hermano de Mitridates, por miedo á la ambición de su hijo Radamisto, le sugirió la idea de tomar la Armenia á su tío. Atacado éste último de improviso y abandonado por la principal nobleza, se encerró en Garnea, plaza muy fortificada; pero corrompida la guarnición que era romana, hizo entrega de su persona. Radamisto acogió respetuosamente á su prisionero, á quien estrechó en sus brazos; dirigiéndose luego juntos á un bosque sagrado se estrechaban ambos príncipes de la mano preparándose á hacer correr sangre de una incisión en su dedo pulgar á un mismo tiempo y en señal de alianza, cuando súbito uno de los señores de la comitiva de Radamisto, fingiendo caerse, derriba á Mitridates, que es preso, encadenado y expuesto á toda clase de ultrajes. Radamisto acabó por ahorgarle y enseguida mató á sus hijos (51).

Roma veía con júbilo á aquellos príncipes degollarse mutuamente; y así se limitaba á algunas tibias protestas, á algunos movimientos de tropas, por no irritar al vencedor, que se había hecho poderoso. Radamisto hizo pesar tan ominoso yugo sobre la Armenia, á la cual redimiera, que la obligó á un levantamiento, y sólo con indecibles afanes logró salvarse á caballo, llevando á la grupa á su mujer Zenobia, hija de Mitridates. Hallábase en cinta, y rendida al cansancio de tan penosa marcha suplicó á Radamisto que le quitara la existencia para arrancarla de la ignominia; la atravesó él con su espada, la arrojó al Araxes, y se retiró cerca de Farasmanes, su padre.

Zenobia no había muerto: salvaronla unos pastores y la condujeron á Artaxates, donde fué tratada como reina por Tiridates, que tras una prolongada lucha con Radamisto, ocupó el trono de Armenia bajo el patrocinio de los romanos. Vologeso rey de los partos y hermano de Tiridates, invadió el reino por considerar aquella protección dura y bochornosa (52); pero habiendo ordenado Nerón, ó más bien sus ministros, á las legiones de Oriente aproximarse á la Armenia, y á los reyes aliados blandir sus armas en las fronteras de los partos, Vologeso se vió obligado á evacuar aquel territorio.

Previendo que el incendio, solamente amortiguado, tardaría poco en reanimarse, fué designado Corbulón para mandar en aquellos confines. Dotado de valor, de experiencia y de aquellas ventajas exteriores tan útiles á un general, empezó por hacer menos amenazador á Vologeso; restableciendo después en el ejército la antigua disciplina emprendió la guerra, se enseñoreó de Artaxata, capital de la Armenia, y la incendió á causa de no serle posible atender á su defensa. Enseguida

marchó sobre Tigranocerta, y habiéndose refugiado los habitantes de los alrededores dentro de grutas con lo más precioso de su pertenencia, Corbulón mandó prender fuego á las bocas de aquellos asilos para que sofocara el humo á los refugiados.

Dueño de toda la Armenia se la confirió á Tirgranés (60), descendiente de los antiguos reyes-sacerdotes de la Capadocia; pero al estallar la discordia entre Corbulón y Cesenio Peto, enviado para mandar la mitad del ejército, Vologeso ganó en la contienda, derrotó á Peto y siguió triunfando hasta que recuperó Corbulón su autoridad antigua. Entonces le destruyó el general romano, y dictó las condiciones de la paz, intimidando á Tiridates que se pusiera en camino para recibir la diadema de manos de Nerón dentro de Roma.

Tiridates en Roma.—Este príncipe llegó á Nápoles con su familia, tres mil caballeros y cierto número de magos, y desde allí se dirigió con Nerón á la sede del imperio (64). Hizole el emperador un magnífico recibimiento, y vestido de triunfador ciñó la corona á sus sienes. Le indemnizó de los gastos del viaje, dispuso en su obsequio 800,000 sextercios diarios, y le proporcionó obreros y arquitectos para construir la ciudad de Artaxata.

Conjura de Pison.—Si estas victorias, á que Nerón no había contribuido en nada, deslumbraban por un instante al pueblo, no disminuían en un ápice el odio que inspiraba el tirano (65). Calpurnio Pison tramó una conjura para asesinarle en el Palacio de Oro; pero fué descubierta y declararon á sus cómplices los primeros á quienes se puso presos. A la sazón hubo en Roma horrible matanza. Derramáronse por las campiñas los germanos que asalariaba el emperador para su custodia, en busca de las personas acusadas de complicidad, y de las que habían merecido el odio de Tigelino y de Popea. Contábase entre los primeros el poeta Lucano, que se había enagenado el afecto de Nerón, amigo suyo antes, porque se había dormido durante la lectura de sus versos: se mandó abrir las venas y espiró á los veintisiete años, recitando un fragmento de su *Farsalia*. Séneca fué del número de las víctimas: despojado de toda autoridad por las intrigas de los nuevos favoritos, no supo sacudir la pesada cadena de la corte, aun después de haberla visto mancillada con tantas vilezas, y acabó con valor una existencia harto desacorde con sus doctrinas.

Una liberta, Epicaris, guardó en medio de la tortura un intrépido silencio hasta que logró extrangularse. Escevíno Flavio, tribuno, respondió al emperador, cuando le preguntaba por qué había faltado á su juramento: «Ningún soldado te ha sido más leal que yo mientras lo mereciste; pero te profesé odio desde el día en que te he visto asesino de tu madre y de tu esposa, cochero, histrión, incendiario.» Respuesta que fué más sensible para Nerón que toda la conjura. A igual pregunta respondió Sulpicio Asper de este modo: «Porque no conocía otro remedio á tus delitos.» El cónsul Julio

Vestino, á quien Nerón aborrecía, aunque nadie le había acusado, se hallaba sentado á la mesa con muchos amigos, después de terminar las funciones de su empleo, cuando llegaron á decirle que preguntaba por él un tribuno: sale, é inmediatamente le encierran en un aposento: le abren las venas sin que lance un gemido, y sus convidados no pueden retirarse sino á hora muy avanzada de la noche. Fenio Rufo, otro de los conjurados, se puso á perseguir á sus cómplices en persona; pero denunciado por uno de ellos, juntó la cobardía á la infamia. Es ocioso hablar de otras muchas víctimas, cuya condena envolvió frecuentemente la de sus deudos, sus hijos, sus preceptores y hasta sus esclavos. Entretanto resonaban en los templos himnos de acción de gracias, y los más íntimamente ligados con vínculos de parentesco á los reos, se apresuraban á adornar de flores sus casas y á besar la mano de Nerón, que no se mostró menos pródigo en recompensas que en suplicios.

Después fué muerta Popea por aquel monstruo, quien le dió un puntapié hallándose en cinta. Arrepintiéndose, no obstante; hizo que la embalsamaran, y proclamándola diosa quiso que se quemaran en su loor tantos perfumes como pudiera suministrar Arabia en el discurso de un año; pero otros nuevos delitos le obligaron á olvidar este.

Traseas.—Había quedado el senador Traseas Peto con viva censura contra tan odiosas perversidades, y había sabido guardar un silencio desaprobatorio en medio del general concierto de alabanzas. Había salido de la curia cuando deliberó el Senado para disculpar el asesinato de Agripina. No asistió á los funerales de Popea, ni aplaudió las bufonadas imperiales: su oposición era, en suma, la que todo hombre honrado puede hacer bajo un mal gobierno. Venerábanle el pueblo y las provincias. Cuando se vió acusado, exhortó á Arria, su esposa, á vivir para su hija, y habiéndose mandado abrir las venas, hizo llamar al cuestor que le había llevado la sentencia para que le viera exhalar el último aliento: *Porque estamos en un siglo, decía, en que importa fortificarnos con grandes ejemplos.*

Parecía como si la naturaleza se hubiera complacido en añadir sus plagas á horrores tantos: Huracanes desolaron la Campania; Lion, la ciudad más importante de la Galia, fué presa de un incendio; hizo perecer la peste á treinta mil personas dentro de Roma. Diversos prodigios llenaron á Nerón de susto, y especialmente la aparición de un cometa. Como oyese decir que en semejante caso era menester ahuyentar el siniestro influjo con alguna matanza, se proponía degollar á todos los senadores y conferir las provincias y el mando de los ejércitos á caballeros y á libertos. Suspendió el golpe meditado para saborear como artista nuevos triunfos; y arrullado por estos dulces ensueños, y con el fin de hacer alarde de talento entre los más sobresalientes tocadores de cítara se encaminó á Grecia (66).

Nerón en Grecia.—¡Regocíjese la Grecia, que va á visitarla su príncipe! No solamente lleva el habitual acompañamiento de mil carruajes, búfalos con herraduras de plata, palafreneros magníficamente vestidos, correos y caballeros africanos con ricos brazaletes y con los caballos enjaezados, sino un ejército entero capaz de vencer á todo el Oriente; soldados dignos de tal general, que llevan por armas la lira, la máscara de comediante y los zancos del saltibamqui. Saluda Nerón con un himno la riberas de la Grecia; el dueño del mundo les concede todo un año de placer y de fiestas incesantes, y se acumulan en doce meses los juegos olímpicos, ístmicos y todos los demás que no se celebraban sino á largos intervalos. Nerón puede cambiar el órden prefijado por Hércules y Teseo, puede acelerar los períodos y fijar las estaciones. Representa Nerón en los teatros, disputa el premio de las carreras, tiembla ante la vara de los eleáticos, cuyas decisiones espera de rodillas, y por celos hace arrojar á las cloacas estatuas de atletas antiguos. ¡Ay del que se ve condenado á ser su competidor! Aunque prudentemente se deje vencer, se encuentra expuesto á todas las tramas de un émulo inquieto; Nerón le mira atentamente; trata de aventajarlo, le calumnia en secreto y lo injuria en público. Poseído un cantor de su gloria, sobresale hasta el punto de cantar mejor que Nerón, y el pueblo artista de Grecia escucha extasiado (7), cuando de pronto, por orden del príncipe, lo agarran los actores que representan con ese desgarrado, lo atan á una columna y le degüellan. Nerón tomó parte en todos los juegos, excepto en Esparta, de donde parecía rechazarle el recuerdo de Licurgo, y en Atenas, donde se alzaba el templo de las Furias vengadoras del parricidio. Descontento de las respuestas de la Pitia, hizo robar del templo de Delfos quinientas estatuas, confiscó el territorio sagrado de Cirra, y concibió el pensamiento de destruir el oráculo, asesinando á los sacerdotes custodios del antro que exhalaba el soplo inspirador. Con los atributos de Hércules triunfó en Corinto, y habiéndose propuesto abrir el istmo, trabajó en persona con una azada de oro.

Después de haber dejado en Grecia más ruinas que Jerjes, quiso sobrepujarle en corrupción del mismo modo. Nerón, que, disfrazado de toro, no se avergonzó de correr en tal guisa por las calles para violar la honestidad y la naturaleza. Nerón, que ya se había casado públicamente con un tal Pitágoras, en medio de las ceremonias usuales entre los romanos, sin que faltaran el dinero de los augurios, las antorchas nupciales y el tálamo dispuesto, quiso entonces celebrar su boda con un sugeto llamado Esporo. Hizo que se vistiera de emperatriz, y adornado con el velo nupcial, le

(7) Como ya antes en Roma, en una lectura de Lucano, presente el celoso Nerón, estallaron aplausos que arruinaron al poeta.

condujo á las asambleas en litera. En galardón de los innumerables aplausos que había recibido y de vilezas tan repugnantes, otorgó la libertad á Grecia. Pero ¿qué significado tiene tal don en medio de una depravación tan escandalosa? ¿De qué podía servir bajo semejante hombre?

No por eso alojaba en su sistema de asesinatos. Nerón había llevado consigo muchos personajes distinguidos, de quienes abrigaba sospechas, y mandó que los degollasen en el camino. Corbulón, el más valiente de sus generales, modelo de desinterés y de modestia, tan acrisoladamente leal al tirano, que Tirídates le dió la enhorabuena por tener tan buen esclavo, recibió también la orden de morir, y se atravesó con su espada, diciendo: *Lo he merecido*. Mandó matar ó condenó á infinitas personas, sólo porque sus preceptos ó sus ejemplos eran desfavorables á la tiranía. Sin embargo; los sordos rumores que se alzaban de Italia indignada le obligaron á embarcarse á toda prisa con rumbo á Roma. Habiéndose perdido sus tesoros en el mar, dijo: *Muy en breve me proporcionará otros el veneno*. Hizo su entrada en el carro triunfal de Augusto, ostentando á los ojos de los asistentes mil ochocientas coronas ganadas en los teatros, y el Senado le decretó tal número de fiestas, que el curso de un año no hubiera sido suficiente para celebrarlas todas, de manera que un senador se atrevió á proponer que se dejaran algunos días de intervalo para que el pueblo atendiera á sus ocupaciones.

Si la fuerza militar dejaba expedita la posibilidad de tales excesos, también era la única que les podía poner coto. Julio Vindex, vástago de los antiguos reyes de Aquitania, y vice-prétor entonces en la Galia Céltica, levantó contra Nerón el estandarte de la rebeldía. Esquilmas por los exactores las tribus galas respondieron á su llamamiento, y se les incorporaron cien mil hombres para ofrecer la corona á Sulpicio Galba, gobernador de España, y deudo de la Emperatriz Livia: era un personaje de consideración por sus riquezas, su habilidad y sus victorias. Aceptó el empeño de derrocar al tirano, como lugarteniente del Senado y del pueblo de Roma, y se rodeó de un consejo de hombres ilustres (67).

Nerón tiene noticias en Nápoles de aquel levantamiento, y no por eso interrumpe los juegos del gimnasio. Sólo muestra indignación cuando se le dice que Vindex le ha tratado de mal citarista, y ordena á los senadores vengarle. Se restituye, no obstante, á Roma, y viendo en el camino un monumento en que representa la escultura un soldado galo derribado por un caballero romano, lo interpreta por favorable augurio y cobra aliento. Como á pesar de todo no se atreve á presentarse al pueblo ni al Senado, congrega y escucha á algunas personas de nota: luego pasa el día en enseñarles nuevos órganos hidráulicos de que se propone hacer prueba en el teatro, añadiendo: *Si Vindex me lo permite*.

Pasando alternativamente de un cobarde desaliento á indolentes placeres ó á proyectos de venganza, según las noticias que llegan á sus oídos, hubo sin embargo de aprestarse á marchar contra los rebeldes. Se había declarado por Vindex las provincias en su mayor parte (68), y hubiera podido hacerse emperador, si Virginio Rufo, delegado en la Alta Germania, simple caballero aunque sumamente respetado, no hubiera hecho presente que estorbaría que se adjudicase el imperio de otra manera que por el voto de los senadores y de los ciudadanos. Adelantose, pues, contra Vindex, quien viéndose vencido se atravesó con la espada. El ejército victorioso declaró á Nerón depuesto del imperio, ofreciéndosele á Rufo, quien lo rehusó abiertamente. Iban, pues, en aumento la confusión y la incertidumbre.

A este tiempo preparaba Nerón sus tropas; pero su primer cuidado había sido que le llevaran sus instrumentos de música y se vistieran de amazonas las cortesanas de su comitiva.

Había en aquel momento gran escasez de víveres en Roma: se aguardaban trigos de Egipto: arriban buques, pero en vez de transportar trigo, su cargamento se compone de arena para los gladiadores atletas.

Entonces enfurecido el pueblo niega á Nerón todo socorro, y derriba todas las estatuas; hasta desiertan los mismos pretorianos: sus guardias le roban hasta los cobertores de su lecho y una cajita de venenos preparados por Locusta, la que había hecho perecer á tantas víctimas por orden suya.

En aquel general desamparo piensa unas veces en pasar á Galia y en arrojarse á las plantas de los soldados en vez de trabar la pelea, dirigiéndoles palabras de desesperación para hacerles propicios; otras veces le ocurre huir al territorio de los partos, ó bien subir á la tribuna y hacer uso de la elocuencia, que Séneca le ha enseñado, para enternecer al pueblo. Hacía que propusieran á sus rivales que le consignaran la prefectura de Egipto, ó que le dejaran partir, seguro de que con su talento en música haría fortuna.

Muerte de Nerón.—Insultado en el teatro, maldecido de todos aquél que había derramado tanta sangre, no tuvo valor (virtud tan comun entonces) para verter la suya. Solicitó que le prestaran el servicio de matarle, y nadie quiso avenirse á ello. Corrió hácia el Tiber para sepultarse en sus aguas; luego se encaminó á la casa de recreo del liberto Faon, montado en un mal caballo, siguiéndole apenas cuatro servidores, y temblando de miedo á cada paso (8). Cuando hubo llegado á aquella quinta, exhortó á los asistentes á que con la muerte se sustrajeran á los ultrajes que les aguardaban: y mien-

(8) Nos queda contra Nerón un fragmento de sátira de un tal Turno:

*Ergo famem vestram aut epulis infusa venena
Et populum exsanguem, pinguesque in funus amicos,*

tras hacia que le cavaran su sepultura, repetía: *¡Qué artista tan eminente va á perder el mundo!*

Cobarde hasta el último momento, solo al oír el

*Et molle imperii senium sub nomine pacis,
Et quodcumque illis nunc aurea dicitur ætas,
Marmoreæque canent lrcrymosa incendia Romæ,
Ut formosum aliquid, nigra et solatia noctis.
Ergo re bene gesta, et leto matris ovantem,
Maternisque canent cupidum concurrere Diris...
Sæva canent, obscæna canent, fædosque hymenæos
Uxoris pueri, Veneris monumenta nefanda.*

galope de los caballos de aquellos que, de orden del Senado, debían conducirle á las gemonias, ó en otros términos á la horca, se clava el puñal en su seno después de haber causado la desgracia del mundo durante trece años y ocho meses.

*Nil musas cecinisse pudet, nec nominis olim
Virginei, famæque juvat meminisse prioris.
... Jamque impia ponere templa
Sacrilegasque audent aras, cæloque repulsos
Quondam terrigenas superis imponere regnis.*